



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004.

NIEVE, LLUVIA, SOL Y VIENTO.

El día se presenta duro, pensó Antonio. Una espesa capa de nieve cubría las calles inclinadas del pueblo y el frío nocturno había producido gran efecto en ellas. Se había formado hielo en las rodaduras dentadas que la noche anterior, sobre la nieve virgen, había marcado el tractor de casa "Pedré". Antonio estaba casi seguro de que Luca, obedeciendo sus órdenes, resbalaría como en anteriores inviernos al realizar sus rápidos movimientos para controlar el ganado. Los carámbanos de los aleros apuntaban como lanzas amenazantes con su grosor decreciente en los extremos que miraban al suelo. Sus puntas estaban peligrosamente afiladas por las escasas gotas victoriosas que, tras soportar el viaje por el cuerpo congelado del carámbano, eran capaces de llegar en estado líquido hasta el final, en donde, o bien quedaban congeladas o bien, en su ralentizado balanceo (en su difícil *"que si sí, que si no"*), algunas pero muy pocas llegaban a caer liberadas, taladrando el espesor de la capa de nieve de la calle.

Pocos minutos pasaban de las siete, aún era muy temprano y aún más lo parecía al estar cercano el día del solsticio de diciembre. Aún destellaban las estrellas dominantes de la noche serena y la luna, aún guardaba el halo redondo alrededor de su cuerpo como una bufanda que presagiaba frío..., y aún quedaba todo el día por delante; cosa que manifestaban a gritos los ojos de Antonio, todavía inflamados por estar recién levantado y que entornaba,

de vez en cuando, como en guiños no acabados para evitar la desagradable sensación de la entrada de algún copo desperdigado y arrastrado por el viento.

La verdad es que a Antonio siendo natural de Monegrillo (pequeño pueblo que haciendo buen uso del nombre pertenece a Los Monegros de Zaragoza), le había costado y todavía le costaba adaptar el cuerpo y sobre todo su mente a un cambio de ambiente tan radical con un nuevo clima, y más habiendo nacido en ese lugar en donde si un día de lluvia es novedoso, por supuesto que la nieve no se deja ver ni en pintura.

Todo ocurrió un domingo de agosto, en concreto el día de la Feria de Beratón. D. Julián, su padre, gran ganadero de la zona monegrina, había acudido a la Feria atraído por las famosas ovejas de la zona del Moncayo. Le gustaba experimentar con muy diferentes razas y hacer estudios comparativos entre ellas. Es por lo que el rebaño de D. Julián y de sus abundantes hijos, llamaba la atención no sólo a los paisanos de la Comarca de los Monegros, también a los visitantes. Las había de todos los tipos: con lana larga y lisa o bien caracoleada, de variados colores - cremosas, amarillentas, con mechaz pardas, marrones e incluso negras -, de patas largas y también cortas de cuerpo rechoncho, con morros alargados o chatos, de orejas pequeñas y tiesas, con cuernos enrollados como en espiral o sin ellos, a veces de originales pendientes debajo del cuello,... y de balidos suaves a la vez que tímidos, o con notas graves de barítono. En fin, que a la vista de cualquiera, aquello parecía más una colección caprichosa que, en el significado propio de la palabra, un rebaño. Y fue allí, en el mismo recinto, en uno de los stands, donde el padre de Antonio, comenzó a hablar con D. Lorenzo, pastor de Beratón con gran número de cabezas, con el que llegó a cerrar un trato: "*Le dejo al mocé unos meses a su entero servicio con tal de que me lo despabile y me lo alimente bien y, a cambio, como recompensa por su trabajo, si le parece bien, me regala tres ovejas y un mardano para entrar en raza con las que tengo en el pueblo*". D. Lorenzo accedió muy gustosamente y, agradecido, incluyó un celemín de grano para que los animales tuvieran alimento en el camino hasta llegar a su nuevo aposento.

Así es que, desde ese acuerdo, nada más y nada menos, Antonio ya llevaba trabajando de pastor en casa de los Anadón algo más de diez años, aunque al principio D. Lorenzo le encomendara tareas de aprendiz pues con sólo diecisiete años recién cumplidos y nada de experiencia, todo le resultaba novedoso incluido el terreno donde pisaba. Pero a su favor tenía la férrea voluntad, el respeto y la disciplina. Tan pronto como D. Lorenzo abría la

boca, Antonio se apresuraba para adivinar lo que pedía y hacerlo lo mejor que podía. Con estas actitudes tan significativas pronto dejó las funciones de aprendiz y ejerció la misión de pastor de manera inmejorable, siendo para D. Lorenzo el valor máspreciado.

La casa de los Anadón era una de esas casas estupendas de la Sierra del Moncayo. Estaba construida con muy buenos materiales y con muros gruesos para protegerse del invernol frío reinante a casi mil cuatrocientos metros de altura. Se ubicaba en la plaza. Frente a ella, a poco más de una docena de pasos, se encontraba el pozo del pueblo. Un gran balcón abarcaba casi, de extremo a extremo, el hastial sur, así como de forma análoga lo hacía una inmensa balconada orientada hacia el este. En el tejado lucían grandes canetes voladizos para evitar que los goteriles humedecieran las fachadas de la casa y como ayuda para aguantar, en parte, el peso del tejado cubierto de tejas árabes amarillo-rojizas. La puerta principal poseía un vano de gran altura, lo que hacía suponer que por allí, en la antigüedad, entraban las caballerías hasta las caballerizas ubicadas en la zona oeste; recinto que ahora, por tratarse de uno de los lugares más secos y protegidos se utilizaba para la hierba y también como pajar y granero.

Pero uno de los elementos que mayor orgullo daba a la familia de los Anadon era la chimenea cilíndrica, robusta, de ladrillos enlucidos y con filigranas de adorno. Su grandiosidad dejaba adivinar, sin ningún tipo de esfuerzo, un hermoso fogón debajo. Y más orgullo aún les producía si cabe, el escudo tallado sobre piedra bien dura, colocado sobre el vano de la puerta y en concreto encima de la clave del arco. Se subdividía en cuatro cuarteles con diferentes motivos en cada una de las superficies, destacando en el centro o corazón, en concreto en el punto de honor, una letra A gótica bien cincelada - inicial del apellido - rodeada por una mandorla. Sobre el escudo, como ornamento, algunas hojas de acanto y otros elementos decorativos acrecentaban la grandiosidad del mismo. Ante los ojos de cualquier visitante y por supuesto a primer golpe de vista, el pensamiento llevaba de inmediato a la afirmación de la importancia de sus moradores.

Comenzaba a clarear el día con los primeros rayos rampantes que iban asomando por las montañas del este y que se clavaban como dardos en las cimas más altas de la Sierra del Moncayo. A paso lento iba amaneciendo, y con la luz matinal de esos primeros rayos limpios que llegan a la tierra con muchas ganas, la nieve - por la unión de todas las irisaciones juntas- adquiría la tonalidad de blanca resplandeciente. La fuerza del cierzo frío

del Moncayo había acumulado la ingrátida nieve en polvo en forma de ventisquero, quedando retenida en la puerta del aprisco. Luca, sentada sobre su trasero, medio atrapada en la nieve, seguía con ritmo gracioso por medio de la inclinación de su cabeza, - con ese gesto habitual de los perros que parece que en cada momento escuchan atentamente con una oreja distinta - el sonido ñic-ñac del chirriante y torpe recorrido del cerrojo que Antonio intentaba descorrer. Adentro, las ovejas apelotonadas sobre la puerta de salida, con balidos de lamento e impacientes, reclamaban la deseada libertad que produce el tener como único techo el cielo. Por rendijas y agujeros salía hacia afuera la respiración caliente del aliento de los animales que se condensaba en vaho tan pronto rozaba el aire frío del exterior. Luca, clavada en el nevero, sin poder mover ni siquiera una pata, se impuso con los ladridos haciendo notar su valía, consiguiendo el retroceso del ganado para que no saliera a la nieve en el momento en que Antonio por fin fue capaz de abrir la puerta. Y por ello, en agradecimiento a su fidelidad y eficacia, unas caricias del amo sobre la cabeza de Luca, dispararon su cola de inmediato.

El tiempo de permanencia de esos tres palmos de nieve en el suelo, que impedían la trashumancia del ganado hacia tierras bajas, era algo que no dejaba de preocupar a Antonio, y más, sabiendo las dificultades del ganado para atravesar el puerto hacia Zaragoza. En principio la salida hacia esos pastos esteparios, - grandes eriales llanos y muy extensos-, se había demorado porque uno de los ganaderos, D. Andrés que era de Purujosa, había pillado una fuerte neumonía que lo había tenido postrado en cama coincidiendo con la salida y además la convalecencia, de acuerdo a prescripción médica, debía cuidarla bien. En esta trashumancia anual, se ponían en marcha tres rebaños de diferentes amos, dos de ellos de Beratón y el otro el de D. Andrés. Por influencia de Antonio, acudían a las zonas monegrinas. Como la estancia coincidía con las fiestas navideñas, año tras año, las pasaba en compañía de sus padres y de sus abundantes hermanos que, aunque andaban desperdigados por sus muy diferentes quehaceres, regresaban todos al calor de la casa al final de la jornada.

Los días siguientes fueron soleados y por efecto del calor, la nieve se iba derritiendo a ritmo lento pero continuado. Esto, unido a que D. Andrés ya estaba totalmente recuperado, los animó a realizar la salida invernal trashumante. Lo primero que hizo Antonio fue vestir y preparar a Tolino, viejo, tranquilo y buen burro cabañero. Con este viaje ya serían diez las veces que habría realizado el trayecto por los mismos montes, por los mismos valles, por los mismos eriales y en definitiva, pisando idénticas piedras de las mismas cabañeras.

Con la diferencia de que quizás éste ya fuera el último, pues su paso era torpe, pesado y cansino. Llevaba sobre el lomo una buena albarda de lana a rayas, bien tupida y recia que lo protegía de las inclemencias del tiempo. Y colocada sobre la grupa, moviéndose al ritmo de sus ancas, una alforja inmensa con caída a ambos lados en la que Tolino acarreaba todo lo que Doña Juliana, la esposa de D. Lorenzo, había preparado para la marcha: algún trozo de salón o cecina, chullas y magras, longanizas y chorizos de la matacía, sebo para migas, quesos bien curados de leche de oveja e incluso mezclada con la de cabra,... en fin, viandas de fácil conservación que servían de sustento. Y por supuesto, no faltaba la bota que al estar bien curada con pez pastosa, daba un sabor especial al vino que llevaban para echar algún que otro trago en el camino.

Los tres rebaños estaban ya puestos en marcha. Los bucos con grandes cornamentas y los chotos iban en cabeza abriendo fila. Los sonidos de los diferentes cencerros traspasaban incluso la barrera del eco. Sobrepasar esos límites no sólo se debía al buen metal con que estaban fabricados sino también a los pasos enérgicos que daban en el avance, ocasionando esos rápidos movimientos de los badajos que hacían sonar los cencerros cuando se golpeaban contra el pecho de los animales. Una vez salvada la primera vertiente del puerto, después de ser atravesada con múltiples vicisitudes por la existencia de neveros, los pastores comenzaron el descenso de la cara noreste. D. Lorenzo Anadón iba un poco a la zaga. Los años que no perdonan a nadie, al igual que a Luca y a Tolino, comenzaban a pesarle. Para él, el verdadero orgullo era su Antonio. Con su esposa no habían podido tener los tan deseados hijos y por ello, desde esos primeros días que pudo tenerlo a su lado, lo miraba y no podía creer el ver al final su deseo cumplido. Todas las noches daba gracias a Dios en silencio. ¡ Qué más daba ya la sangre! ¡ Qué más daba la pérdida del apellido, si sin él no eran nada y lo tenían todo perdido !- pensaba. Lo quería tanto, tanto como un padre puede llegar a querer a un hijo.

Una vez pasado el puerto, después de una buena jornada de camino más larga que de sol a sol (la salida había coincidido con el amanecer pero la hora de retirarse era después de estar bien oculto) se llegaba a una pequeña sierra. Desde la cima se divisaba un llamativo contraste. Atrás, a las espaldas, quedaban las cadenas montañosas escalonadas en forma creciente y la vasta llanura del horizonte quedaba al frente. A Antonio le bullía la sangre, le corría por las venas como a borbotones y a gran velocidad. Allí, en ese lugar, era donde todos los años se le abría el corazón y se le llenaban de aire los pulmones. Sentía ya

cerca la tierra pisada de niño y esta proximidad le despertaba una fuerte añoranza. El valle llano del Jalón llenaba sus retinas del color verde de los sementeros de trigo. Imaginaba a Monegrillo en un punto exacto del horizonte donde la neblina desdibujaba la tierra y la transformaba en el confín del cielo.

Sobre la grandiosa extensión llana, los pastores y los rebaños se presentaban diminutos y ese era el motivo de que el avance pareciera inexistente, dando la sensación a los ojos de cualquier observador alejado de que estaban "cuasiestáticos". Sin embargo, de forma progresiva, el piso de hierba verde se iba transformando en colores apagados, toscos y sin brillo. Las plantas cada vez más raquíticas y ralas, empolvadas y como deseosas de agua de lluvia que las limpiara, así como también las abundantes zonas terrosas sin protección de manto eran claros indicios de que con sus movimientos se iban adentrando en los Monegros. Por fin, a lo lejos, en pleno corazón de la comarca, se asentaba Monegrillo. Ya habían sobrepasado las mugas pertenecientes al pueblo en donde permanecerían, dependiendo del clima, hasta agotar casi los días de febrerillo.

Como el tiempo corría que volaba y más estando con los padres, "antes de lo esperado" llegó el final de febrero y otra vez los preparativos, pero ahora en sentido inverso. Y como siempre, en la despedida, las lágrimas de la madre de Antonio, a las que se unían las de otra madre.

En el regreso, al grupo de los tres pastores se les unía un nuevo aprendiz, Camilín. Se trataba de un chiquillo de trece años, también de Monegrillo y en concreto de la casa vecina a la de Antonio. La familia de Camilín, con pocos recursos y por ello con no pocas penurias económicas, sabía que Antonio iba a cuidar bien a su hijo. Al fin y al cabo, lo más importante era aprender con dignidad un oficio que le permitiera de por vida tener un bocado para llevarse a la boca, - pensaba el padre. Además de entre sus hijos, éste era el que mayor interés manifestaba por esta actividad. Camilín se llevaba a Beratón un ligero equipaje en un pañuelo paquetero atado por las cuatro esquinas que, o bien lo ensartaba en una vara apoyada en el hombro o bien, cuando se cansaba, lo echaba al lomo de Tolino. También llevaba a Mini, un perro cachorro de cuatro meses que, milagrosamente, había rescatado de una camada y que iba a llevar mala vida porque había nacido muy esmirriado y mamaba en la última teta de la madre que, según se dice, es a la que menos cantidad y sustancia le llega. Camilo al ver que no engordaba como ocurría con el resto de sus hermanos de la

camada, sin llegar a privarlo del calor de la madre, lo había ido criando simultáneamente con una tetina, dándole de la misma leche que sus padres utilizaban para sacar adelante a aquellos cordero lechales que, por una u otra circunstancia, tenían poco alimento de la madre, caso que generalmente se producía cuando se trataba de un parto doble.

Una vez terminado el viaje de vuelta y después de llevar unos días asentados en Beratón, todo volvía a estar en su sitio. Las ovejas, cabras, chotos, bucos,... en el aprisco. Luca, allá donde estuviera Antonio, pisándole los talones. Tolino en la cuadra, atado en el rincón solitario de siempre, con el rutinario balanceo de la cola de no más de cuarenta y cinco grados y con ese gesto tan común en los burros que se forma cuando levantan y arrugan las partes anterior y laterales del labio superior y que como si nos sonrieran, resollando, nos muestran sus dientes grandes y sucios. D^a Juliana en las faenas cotidianas de la casa, con la ilusión de tenerlos a los dos de nuevo a su lado, así como a Camilín que se iba recuperando del cansancio del camino a base de pasar horas de más tendido en la cama. D. Lorenzo, asido a su garrote de boj, tallado en los innumerables momentos de soledad cuando en el pasado guardaba, guiaba y apacentaba a los animales, pero con la diferencia de que ahora ya no le servía para arrear al ganado sino para apoyarse al andar y ayudarle a mantenerse en pie y en equilibrio. Los años, obedeciendo las leyes naturales, le iban dejando las secuelas del paso de los días marcados en su cuerpo; no obstante, con muy buena voluntad hacía todo lo que podía con el ánimo de liberar un poco a "su hijo".

Antonio estaba sumido en una especie de sentimiento nostálgico por su reciente regreso. Al tiempo que trabajaba, se ensimismaba en los recuerdos y se envolvía en indelebles pensamientos rememorando los cálidos momentos vividos junto a su familia natural; pero a su vez, estaba ilusionado por estar de nuevo en Beratón y no por el dicho de que: "*uno no es de donde nace y sí de donde paca*", sino por poder estar en compañía de aquellas dos personas maravillosas que tan bien hacían de padres y por los que daría, sin duda alguna, la vida si fuera preciso.

También la naturaleza, recorriendo el ciclo lógico de las cuatro estaciones, volvía a "*estar en su sitio*", aunque fuese con cierto retraso en Beratón. La primavera resurgía con vivas explosiones de yemas y de brotes que anunciaban su llegada. Los almendros, en un pan de flores, eran los primeros pregoneros. El paso de bandadas de grullas, que dejaban las tierras calientes de África para regresar al norte europeo, era otro anuncio del incipiente

cambio estacional. Cuando se escuchaban sus gritos en trompetazo, Antonio elevaba enseguida la vista al cielo. Con el típico vuelo en cuña, concretamente en forma de uve, luchaban contra la intensidad del viento que, con fuerza, se canaliza en las gargantas del Moncayo. En los ojos de Antonio quedaba reflejada la tristeza cuando esta lucha se decantaba a favor del viento y las grullas eran bandeadas un sinfín de metros hacia atrás a su capricho o antojo. Y ya no contar la pena que sentía cuando alguna quedaba descolgada y con el aleteo forzado, intentaba vencer el paso de las gargantas en solitario.

Así es que entre yemas, brotes, almendros floridos, regreso migratorio de grullas y otros "*movimientos*" observables, el invierno iba quedándose adormecido para dar paso al despertar del ciclo de la primavera y con ella, al nacimiento de una naturaleza rebosante de vida y un entorno vistiéndose de colores vivos y luminosos.

Ya de niño en Monegrillo, Antonio sentía una gran inclinación por el comportamiento de los animales y los observaba minuciosamente, en especial a los más pequeños. La sensibilidad que manifestaba le hacía ser singular incluso para D. Julián, su padre, que lo consideraba diferente al compararlo con el resto de sus hijos. Éste fue el motivo, como se ha dicho al principio, de que lo dejara en manos de D. Lorenzo para que lo espabilara. Siendo chiquillo le encantaba escuchar el canto de los grillos. Sigilosamente buscaba los agujeros en los que se cobijaban e introducía una paja seca de gramínea para que el animal, sintiendo el cosquilleo en su abdomen, saliera reculando al exterior y así, poderlo coger entre sus manos para observarlo bien. Y no sólo en él primaba la sensibilidad, quizás todavía más el respeto pues, si veía una hilera de hormigas, alargaba o acortaba su paso, según conviniera, para evitar pisarlas e incluso de su boca llegaban a aflorar palabras como "pobres, si son vidas pequeñitas"; palabras expresadas con el mismo sentimiento que si se refiriese a personas. Y es que, en realidad imaginaba sus cuerpos constituidos de las mismas partes, con cabeza, ojos, con su corazoncito,...eso sí, en lo de sí tenían dientes, dudaba. En él se apreciaban un sinnúmero de actitudes que manifestaban a gritos que su gran corazón difícilmente le cabía en el pecho.

Ya había transcurrido casi la primavera. Pocos minutos pasaban de las siete. Esa mañana había remoloneado más de lo habitual en la cama y casi se había hecho tarde para dirigirse al aprisco. La inmensa mayoría de los árboles y arbustos casi estaban vestidos, salvo algunos tardanos como los perezosos rebollos. Las hojas surgían de los botones de las

yemas de forma parecida y casi simultáneamente con la salida de las mariposas de sus crisálidas. Las estrellas que por la noche habían estado de centinelas sobre el pueblo, con el temprano amanecer, habían huido y casi podrían estar llegando a la isla de La Carolina. Las primeras flores primaverales, que con el adecuado nombre se llaman prímulas, rompían aquí con tardanza los capullos casi en verano y adornaban los caminos de amarillo.

Otro nuevo día para Antonio, pero éste con un despertar maravilloso, oyendo el canto de una pareja de cucos. Sus sonidos entraban a través de la rendija de la ventana que Antonio, a propósito, había dejado entreabierta. El grito de reclamo "cuu-cu" de uno de ellos se escuchaba un poco rauco, quizás por haberse enfriado al subir a semejante altura. A Beratón llegaban sólo los cuclillos más atrevidos pero con bastantes días de retraso en comparación con la llegada al llano. En Monegrillo se les oía ya a principios de abril y allí, con suerte, cuando comenzaba el verano. Las costumbres de estos animales le llamaban muchísimo la atención. En realidad, el interés se lo había suscitado su abuela debido a que en repetidas ocasiones decía a Ramoncito, el hermano más pequeño de Antonio, que estaba hecho un cuco. La similitud que entre ambos manifestaba la abuela, llegó a entenderla tan pronto como cayó en sus manos un libro que explicaba el tan pillo comportamiento de los cucos. ¡ Y vaya si eran parecidos ! - pensó. ¡ Demasiado y todo !

Antonio y Camilín sacaban todos los días el ganado a pastar la hierba fresca de las extensas praderas cercanas al pueblo. Una vez en ellas, Antonio se marchaba para atender otras faenas de las muchas existentes, siendo Camilín el que se hacía cargo del cuidado y de la vigilancia de los animales. Le distraía mucho ver corretear a los corderos casi recién nacidos, tan graciosos cuando entre ellos se daban pequeñas tozadas o se perseguían dando pequeños botes con las patas semirrígidas e incluso rígidas. Las praderas estaban rodeadas por paredes de piedra hechas a mano en la antigüedad que, a modo de cercado, evitaban la salida de los animales, salvo en algunos lugares que ya estaban medio desplomadas. A las cabras y a los bucos, como buenos trepadores, les gustaban especialmente las ramas nacidas en los marguinazos e incluso se levantaban, en un completo equilibrio, sobre sus dos patas traseras para alcanzar los brotes más tiernos de los arbustos.

Camilín solía sentarse en medio de las praderas desde donde podía controlar mejor a los animales. Era frecuente verlo entretenido tallando con su navaja palos de boj y de

rebollo, también hacía arcos y flechas, barcas con las cortezas de pino, silbatos con pequeños trozos de ramas de chopo negro, elegidos sin nudos para separar con facilidad la corteza de la madera, tirachinas aprovechando las formas en horquilla. Para él, esto era novedoso y le divertía mucho. Lo habían aficionado unos gemelos del pueblo de casa Pedré de la misma edad, con los que se llevaba a las mil maravillas y con los que pasaba casi todos sus ratos libres. Al mismo tiempo que Camilín iba llenando el suelo de virutas, su inseparable cachorro, Mini, ahora rollizo como una bola, mordisqueaba, babeaba e incluso desataba los cordones de sus zapatillas y, ni siquiera se inmutaba al estar tan ensimismado con su entretenimiento. Poco a poco, las ovejas iban rodeándolos, haciendo como un corro a su alrededor, aproximándose cada vez más al centro donde se encontraban ellos. Y en este ambiente, los sonidos de las esquilas eran como una orquesta acompañada de percusionistas que inducían al sosiego, sorprendiendo de vez en cuando los ruidos de golpes secos que producían las astas de los bucos y los badajos de sus cencerros.

El verano comenzaba haciendo muy luminoso el día de su solsticio. La nieve de las cumbres se había derretido y el blanco de las montañas había dado paso a pastos apagados y, como socarrados por la heladora cubierta de nieve soportada tanto tiempo encima. Los rayos de sol iban resucitando la tasca hasta que adquiría el color fresco para el disfrute de los rebaños que allí pasaban la estancia veraniega alpina. El deshielo estival daba vida y vigor a los barrancos, arroyos y riachuelos, haciendo subir varios tonos la escala del sonido susurrante de sus aguas. Las flores de los almendros habían perdido totalmente los pétalos y ya tenían formados sus frutos. A la pareja atrevida de cucos, les respondían gritos de otros que habían subido acalorados desde el llano buscando la deseada frescura del relente de las noches veraniegas.

Ya a las seis de la mañana, a Antonio lo despertaban los primeros rayos que se colaban como a retazos a través de las rendijas de la ventana. Antes de subir el ganado al puerto, el trajín era permanente en los días veraniegos. Antonio trabajaba a lomo caliente, comenzando el ajeteo diario al poco rato de estar levantado. Sus quehaceres duraban hasta los últimos atisbos de sol que llegaban debilitados a eso de las diez de la noche. En estos días tan largos, casi por decir interminables de luz, acababa agotado. Notaba sobremanera el bajón de D. Lorenzo, teniendo que hacer frente con Camilín a prácticamente todas las faenas cotidianas. En este período las tareas se multiplicaban: que si el corte de hierba con la guadaña, que si darle la vuelta con la horca para el secado, su retirada para el invierno, el

esquileo de varias de sus ovejas, la siega del cereal con la hoz y la zoqueta, el tender la parva en la era, la trilla con el movimiento circular de los machos, la limpieza del grano con el aire de bochorno, la recogida de la paja almacenándola adecuadamente para su buena conservación en un rincón de las caballerizas,...¡ vaya, un sin fin, un de aquí para allá sin parar un solo momento, sin poder encontrar el día que permitiera acabarlas !

A Camilín le encantaba subirse al trillo y dar vueltas alrededor de la era. Era una de las tareas que más le gustaba y se ponía tan contento como si fuera a hacer un viaje hasta Las Bahamas. Los días de trilla los pasaba tan bien que olvidaba la hora de la merienda y también la hora que solía juntarse con los gemelos para echar la partida de canicas.

A eso de las seis de la tarde, cuando el sol aflojaba para más tarde esconderse en los montes, Don Lorenzo salía a sentarse en los bancalés de la plaza, contruidos, oportunamente, aprovechando como respaldo los muros de la iglesia. Protegía su cabeza con una boina grande y negra, un tanto deslucida por el sol y como casi hasta *“socarrada”*, presentando visos amarronados. Era frecuente verlo apoyando una mano sobre la otra en la empuñadura roma del bastón, con la cabeza baja y con la mirada perdida en el suelo. Don Lorenzo hacía las mínimas faenas en casa por imposición de Antonio que ya no permitía, ni un día más, una mayor continuidad en su esfuerzo. Sus fuerzas habían caído a un ritmo rápido y empicado y más, quizás, porque era un hombre que estaba muy trabajado y esto es algo que, con el paso de los días, parece ser que *“a todo el mundo castiga”*. La plaza era un lugar a donde acudían, en los atardeceres, casi todas las personas del pueblo, por así decir era el lugar de reunión preferido. Los mayores pasaban el tiempo con animadas charlas y los chavales con múltiples entretenimientos de juegos. Si los sillares de la iglesia pudieran hablar, nos contarían cantidad de añoranzas del pasado que iban surgiendo de las bocas torcidas, debido a los cigarros apagados y pegados en la comisura de los labios que les desfiguraban la forma de sus bocas, quedando combadas cuando hablaban hacia uno de los lados. La mayoría de las vivencias hacían alusión a recuerdos de la infancia, amén de los de la juventud. Eran historias que se repetían una y otra vez y que, con mucho respeto, eran escuchadas con tanta atención como si fuese la primera vez que se contaban.

A Don Lorenzo se le encendían los ojos y se le iluminaba la cara cada vez que, reconocía el sonido forzado del motor del tractor de la casa cuando ascendía por la calle de la entrada al pueblo. Su alegría aún quedaba más manifiesta si veía el remolque cargado de

sacos llenos de grano de la cosecha; esto era algo que desde siempre le había producido seguridad de cara al invierno, a la vez de bienestar y de tranquilidad. La voz de Camilín gritando “ *agüelo, mire cuántos, mire que lleno va esto* ”, era la mayor bendición que podía llegarle a los oídos.

Los tres hijos del único hermano de D. Lorenzo acudían casi todos los años a pasar varios días del verano a Beratón. A Amelia, la mayor, ya moza de veinticinco años, le gustaba el ganado y en general todo lo relacionado con el campo; sin embargo sus hermanos eran demasiado finos. Pisaban de puntillas con los zapatos bien embetunados por los alrededores del aprisco y además con ese gesto tan típico de niños, se tapaban con los dedos los caños de la nariz ante el olor de las cuadras y ponían unas caras raras como de asco. Y aunque Camilín tirara de la manga de Antonio con pillería buscando arrancar unas palabras de su boca, nunca llegó a hacer el menor comentario, aunque en ocasiones Antonio pensara que eran unos señoritingos, unos acomodados chavales criados en Madrid con todo tipo de facilidades y con demasiadas atenciones.

Ese verano, Antonio no podía soportar subir en trashumancia con el ganado al puerto, sabiendo que Amelia estaba todavía en el pueblo. Es por lo que retrasó la salida unos días, haciéndola coincidir con el día de su regreso a Madrid. Esta demora enojó a D. Andrés que siempre quería el máximo aprovechamiento de los pastos arrendados para sus ovejas. Últimamente, Antonio se sentía diferente cuando ella estaba en casa. Notaba una mayor energía para el desarrollo de sus actividades, una sensación de bienestar, una ilusión de que llegara la hora de retirarse, y estos estados anímicos crecían con el paso del tiempo. Por fin se reconocía enamorado hasta los tuétanos y comprendía que los demás casos de su vida habían sido caprichos superficiales y ninguno verdadero amor. Por las noches, antes de dormirse, a su pensamiento llegaban los pros y le invadía una enorme felicidad al imaginarla a su lado, sin embargo otras eran los contras los que le asaltaban y lo arrastraban al irremediable insomnio. Tenía claro que su capacidad para amarla sería muy grande pero, sentía miedo sólo de pensar en la vida tan dura que podría esperar a Amelia en el caso de que ella se decidiera a compartirla a su lado.

Los primeros días en el puerto fueron especialmente duros. Antonio había preferido que Camilo se quedara en casa, en primer lugar como compañía para D. Lorenzo y Doña Juliana, en segundo debido a que como aprendiz que era, lo consideraba demasiado chiquillo

como para soportar la dureza y la soledad de las montañas, y en tercer orden porque era imprescindible para realizar los quehaceres en el pueblo. Al cansancio de la subida por los caminos tan inclinados había que unirle el frío tan intenso que calaba hasta los huesos. Los atardeceres se vestían de nubes enrojecidas que contrariamente a su color, traían noches de bajas temperaturas. Antonio se cubría con la zamarra bien curtida con borreguillo por dentro y agradecía la lumbre que para preparar la cena solía encender en la caseta de pastores D. Andrés, “*el cocinillas*”. Pero para Antonio, lo más duro era la ausencia y el vacío que había dejado en su interior Amelia y más si pensaba en el dilatado tiempo que faltaría, probablemente, hasta volverla a ver de nuevo.

Unos días más tarde, por los alrededores de la caseta, revoloteaban “*los pájaros aguaceros*” y también las chovas de pico gualdo que, con su vuelo bajo y el graznido lastimero, anunciaban un inminente cambio de tiempo. Los pastores sabían que no tardando demasiado llegarían las nubes que soltarían el agua. Y así sucedió. Sólo fue suficiente una noche para que el cielo se enmarañara de negro. Allí, era fortísimo el estruendo de los truenos y los relámpagos zigzagueantes cruzaban el cielo de un lado al otro de las montañas que configuraban el valle. Sin duda, una tormenta escuchada y contemplada desde tal altura daba miedo y ponía el vello de punta.

Casi todas las noches Antonio solía salir a descansar sobre un asiento hecho con piedras planas y apiladas. Las había colocado junto a la caseta, al lado del muro que utilizaba como respaldo. Luca, pegada siempre a su lado, se quedaba adormecida cobijada entre las piernas del amo dispuestas en forma de horquilla. Los animales se echaban amontonados sobre la tasca de un vallado cercano donde recogidos, pasaban la noche. Allí, en ese cercado, se daban calor unos a otros y permanecían quietos y en silencio. No se escuchaba ni el más insignificante sonido, ni aún en la más completa oscuridad que es cuando más se amplifican los ruidos. En ese ambiente de soledad, Antonio contemplaba la maravillosa nebulosa del *Camino de Santiago* que tan nítidamente se ve en los meses de verano y que, adquiere mayor encanto cuanto más oscuro esté el cielo al permanecer oculta la luna. Desde ese lugar, pacientemente, esperaba la sorpresa de ver escapar alguna “*estrella fugaz*” que, según uno de los múltiples dichos de la abuela, era indicio de buen agüero y se podía pedir un deseo. Y últimamente su deseo siempre era el mismo. No había otro diferente que rondara por su pensamiento.

Los pastores seguían el ciclo secuencial de las cuatro estaciones con mayor conocimiento que el resto de las personas del valle. Había comenzado el otoño y con él, el verdor del entorno se iba tiñendo de nuevos colores, incluidos los rojos de fuego. Los rebaños volvían a pacer en las praderas próximas al pueblo. Los animales se amontonaban en el centro de los campos porque en los lindes habían plantados árboles que en esta época se desnudan, formándose, debajo de ellos, una espesa capa de hojarasca que cubría el pastizal. Los rebaños habían bajado bien alimentados y tranquilos del puerto, por lo que las esquilas y los cencerros se escuchaban más tenuemente que en la primavera de la que con razón se dice que, “*la sangre altera*”.

Era mediados de otoño. Pocos minutos pasaban de las siete. Las mañanas amanecían cubiertas de escarcha que se adhería a las plantas como cristallitos de cuarzo y era la fuerza del sol del mediodía, la que la derretía. También había madrugado el cierzo del Moncayo, típico de tierras aragonesas. Respiraba con fuerza impidiendo la entrada de borrascas. Este viento actuaba con denuedo acelerando el proceso otoñal de la caída de las hojas. Las bayas de los espinos (“*manzanetas del pastor*”) y los escaramujos de los rosales silvestres, quedaban solitarios y trémulos en las ramas. Aguantaban las oscilaciones producidas por los azotes del cierzo sin llegar a caer al suelo. Los ríos bajaban escasos de caudal. Ya no quedaba nada de nieve en las montañas para derretirse y en los riachuelos se apreciaban cada vez mayor cantidad de piedras asomando sus cabezas.

También el río corría casi seco. Estaba infectado de algas que teñían de verde las piedras del suelo debido a las tranquilas y calientes aguas. Doña Juliana se había preparado una poceta para hacer la colada de varios días. Se llevaba un cajón y una almohadilla para apoyar sus rodillas. En el río tenía preparada una piedra plana de arenisca de buen tamaño para frotar la ropa que, cuidadosamente, había piado para que no se moviera. También se llevaba un tajo de jabón de elaboración casera, hecho con sebo de cordero, mezclado con sosa y resinas para que sacara espuma. Tendía la ropa por el soto, bien en los matorrales cercanos a la orilla o, en alguna ocasión, sobre grandes bolos. Se solía llevar a casa para repasar y tender la ropa mejor y más nueva, la de los domingos; para el transporte utilizaba un cubo apoyado sobre un cabezal que impedía que se le hincara en la cabeza. A veces, sobre el estrebede de la chimenea de casa colocaba un barreño con agua, en la que introducía un saquete de ceniza tan pronto comenzaba a hervir. Con la ceniza, la ropa

quedaba sorprendentemente limpia. Doña Juliana siempre presumía y tenía a gala que sus tres hombres fueran muy limpios a misa.

Todos los moradores de la casa de los Anadón se habían dedicado al ganado ovino y caprino por tradición desde generaciones muy remotas pero, también criaban cerdos y tenían conejos y gallinas. Debido a esta diversidad de animales, Antonio labraba en otoño las tierras y sembraba trigo *negrete* de gran calidad que les servía de buen alimento. Los campos, que en su inmensa mayoría se ubicaban en las laderas de las montañas, en terrazas y escalonados, al ser inclinados precisaban una yunta de bueyes unidos por un yugo para ser roturados. Antonio desde detrás los iba arreando con un palo largo y curvo, un poco punzante en el extremo y a su vez sujetaba y guiaba el arado. Una vez finalizado el surco se escuchaba el “¡sooo!” que los bueyes entendían perfectamente y levantando el arado de la tierra, daba la media vuelta. Tras los surcos abiertos, Camilín iba “*molonando*” los terrones, utilizando más los pies que el cazo de la azada. Así línea tras línea hasta finalizar la dura tarea de abarcar las grandes extensiones de los campos de secano. A Don Lorenzo le gustaba ver lo que hacían los suyos, y por eso acudía despacio por los caminos inclinados y solía sentarse en piedras colocadas, como a propósito, en los lindes de los campos. Los saludaba, desde lejos, levantando el bastón en dos ocasiones. La satisfacción que le daba el ver como trabajaban la tierra llenaba de luminosidad su cara.

Y como para *Todos los Santos* se dice “*campos verdes y montes blancos*”, allí, en el Moncayo o “*monte cano*”, con mayor motivo debido a su altitud, pronto llegaba la nieve que cubría los sembrados de los campos. Y por supuesto para *La Inmaculada*, los sementeros de trigo y de cebada siempre quedaban envueltos por ella.

Y seis años después,...

Un día cualquiera de verano, Lorencito corría detrás del aro que, en una de las calles inclinadas del pueblo, se le había escapado de su guía. Era uno de los innumerables regalos que le había hecho “el abuelo”, obtenido de un tonel viejo al deshacer el abrazo de todas sus duelas.

Como es habitual en Beratón, ya a mediados del otoño, había caído la primera nevada del año. Lorencito, acompañado de su palo, había bajado como todas las mañanas al aprisco. Más tarde volvía de la mano de su padre, pisando sobre sus propias huellas marcadas en la nieve, sintiendo la extraña sensación - y para él curiosa - que se nota cuando se camina con el pie cambiado.

Dedicado a Camilo Aznárez, llamado familiarmente y de forma cariñosa “Camilín el pastor”. Que, como aprendiz, llegó a esta tierra de su tierra de los Monegros, que pocas veces volvió a pisar. Que ha ido dejando sus días junto al sudor de su frente y que cada uno de sus años ha sido vivido en complicidad con “las cuatro estaciones”. Que por ello, siempre le ha gustado y le gusta levantar la mirada al cielo, con su mirada dulcísima, bien recorriendo los contornos redondeados de las nubes o bien reposada en el azul inmenso.

Hoy, ya es mayor, y continúa aquí, en esta tierra. Formó su hogar junto a una serrana muy trabajadora con la que, fruto de su amor, tuvo varios hijos formidables que le han dado y le siguen dando una enorme felicidad, principalmente con el nacimiento de sus nietos. Todos ellos han aprendido a corretear los fines de semana por las calles inclinadas del pueblo a base de darse trompazos. Por ley natural llegará el día en el que la mirada de Camilo no encontrará nubes y las nubes ya no volverán a verlo en los campos. Ese día, los violines de Vivaldi bajarán sus sonos hasta quedar dormidos en el silencio.